

IX.

La "kermesse" preparada en la Alameda por la Junta Patriótica para la tarde y noche del 16 de Septiembre, está en su apogeo. Bajo la frondosa copa de los fresnos elevanse, artísticamente compuestos é iluminados por torrentes de luz, los puestos destinados á las vendedoras. Una de las fuentes ha servido para formar con musgo, rosas y follaje, un enorme cesto: en su fondo, y entre montones de preciosos ramilletes, están cuatro elegantes jóvenes vestidas de color de rosa, y entre las cuales, sobresale Lupe: en la otra fuente álzase un kiosco japonés, decorado con pinturas orientales y muebles de "bambú," es el puesto del "confetti" á cargo de Lolita y otras guapas señoritas vestidas de colores varios. Otro grupo de jóvenes, entre las cuales se halla María Teresa, todas vestidas de blanco, y con lujosos delantales, hállanse en la nevería. La cantina, bien provista de vinos y licores, está á cargo de Mercedes y algunas amigas suyas, todas vestidas de azul. Concha háse trocado en banquera, y Anita, que henchida de júbilo acaba de dejar el lozano campo de la pubertad para entrar en la

florida frontera de la juventud, hace su estreno de señorita en compañía de otras de su edad, trocada en gendarme que conducirá á la cárcel á los pollos tercos ó poco obsequiosos, ó que por lo menos tengan el imperdonable delito de ser guapos. La cárcel es una torre con ventanilla de rejas y en la cúspide abre las grandes alas un buho colosal de ojos de fuego. La entrada muestra en negros guarismos el fatal número 13. La lotería ó "tombola," como se dice ahora robando sin necesidad al italiano, está encargada á aristocráticas damas; descúbrese entre ellas la nevada cabeza de Doña Carmen, donde esplenden los brillantes como los reverberos del sol en la nevada cima de las montañas. Bandadas de chicuelas, alegres y parleras, con canastillos de flores colgados al brazo, acechan á los jóvenes ó á los ricos de edad madura, rodeándolos, y con ladina algarabía, como abejas en torno de la flor que guarda en su cáliz rica miel, ofrécenles con instancia y á subido precio, gardenias, camelias y orquideas. El puesto del atole de leche y tamales fué encomendado á varias señoritas, entre las cuales distínguese Toña, una joven rechoncha y rozagante, de eterna sonrisa y vivarachos ojos. Sobre el dintel de la puerta de este último puesto háse fijado un

rótulo que dice: "Santa Anita," aunque no hay ni agua ni lanchas como en el célebre pasco de la capital de la República.

Escúchase sin cesar el rumor de la fiesta, y la vista se desvanece ante aquel variado conjunto; de la movible multitud que hinche el paseo y en continuo movimiento da vueltas por las calles de la Alameda, por un lado el bello sexo, y por el otro el feo, en dirección contraria á la de aquél, ambos en apretada columna, desprendense grupos que cruzan en todas direcciones: é invaden los puestos. Aquí va erguida y arrogante la aristocrática señora luciendo sus mejores galas y su traje cortado conforme á la última moda de París; allá la polita cursi que lucha en vano por igualarse con las elegantes; acullá la improvisada rica que antaño portaba airosa la humilde falda, y hoy día hállase atrojada y molesta bajo el apretado traje de fina tela, y quiere con afectados movimientos imitar el gentil donaire que no se compra con oro sino que viene desde la cuna. Aquí va con paso grave y majestuoso el letrado de luenga levita y sombrero de seda, apoyado siempre en el bastón como si fuera ya parte de su cuerpo; allá el joven risueño y jugueton para quien la vida es un jardín de lozanía y fragancia perennes; acullá

el arrogante charro de angosto pantalón con botonadura de plata, y de fino y galoneado sombrero ancho, caído hacia atrás.

Las batallas de "confetti," succédense sin interrupción por todas partes, y las músicas de cuerda de los puestos túnanse con la banda del municipio, y el pueblo todo únese al regocijo general.

En el puesto japonés aumenta repentinamente la algarabía, y óyense en intervalos los guerreros gritos. Los rusos y los japoneses han trabado descomunal batalla. Los japoneses son las lindas vendedoras, capitaneadas por Lolita, que han retado á los jóvenes compradores apostrofándolos con el epíteto de feroces cosacos. Pimpollo, que aunque nada tiene de cosaco, empezó á pelear con brío, en una imprudente abierta de boca, introdujosele tal cantidad de proyectiles, que perdió completamente el uso de la palabra. Reían estrepitosamente las japonesas; los rusos agotaron las municiones y huyeron; Pimpollo fué hecho prisionero, y sin misericordia entregado por Lolita al gendarme, para que le condujera á la cárcel.

—Marche vd. al número 13, dijo Anita cuadrándose ante el prisionero, y llevándose la diestra á la boca, hizo ademán de

atusarse un bigote del que no existía ni pizca.

—¿Y qué hay en el número 13?

—Una lechuza muy fea, capaz de devorar á todos los Pimpollos presentes, pasados y futuros.

—¡Huy, qué miedo!

—¡Cuidado con el cosaco! gritaron los demás femeninos gen darmes, rodeándole.

—No voy á la cárcel.

—¿Dice vd. que no va? Veremos.

Pimpollo quiso huir, pero las listas pollitas asíéronle de los brazos y condujéronle á la cárcel. Antes de entregar al reo, le detuvieron un momento cerca de la puerta para mostrarle la fatídica ave de ígneos ojos y encorvado pico. Encerraron al prisionero, encargaron al centinela la eficaz vigilancia, y riendo alegremente, se diseminaron por el paseo en busca de nuevos reos.

Los jóvenes salen de unos puestos y entran á otros: ora invitan á las señoritas de la nevería á tomar atole de leche y tamales, ora á las de este puesto á visitar los otros. Guillermo y Alfonso entraron á la nevería y después de una ligera escaramuza de "confetti," pidieron helados. María Teresa apresuróse á servirles, sonriente. Las miradas de Guillermo y de la joven se cruzaron sin cesar.

—¿No nos acompaña usted? le preguntó Guillermo.

—Estaré un momento con ustedes, pero no tomo nada porque ya tomé.

—¿Ha estado usted contenta?

—Sí, y ahora estoy más.

María Teresa miró con ternura á Guillermo, éste sintió latir con violencia el corazón; un fluido misterioso corría por sus venas, infundiéndole exquisita dulzura.

—¡María Teresa, María Teresa! gritaron las vendedoras. Ven á ayudarnos.

—¡Allá voy, allá voy!

En aquel instante varios jóvenes entraron á la nevería y llenaron todos los asientos vacíos.

—Dejo á usted, Guillermo, los parroquianos son muchos, y todos quieren que yo les sirva, dijo la gentil rubia con coquetería.

—Y tienen razón; pero ¿volverá usted?

—Sí.

—Invito á usted para que visitemos los otros puestos.

—Yo quiero ir al puesto de las flores, dijo Alfonso.

—Vuelvo, repuso María Teresa, corriendo á servir á los parroquianos entre los cuales estaban Ernesto y Perico.

Ernesto taciturno y mal humorado observaba de reojo á Guillermo; el adusto ceño del abogado suavizóse un tanto al dirigirse á él María Teresa.

—Buenas tardes, Ernesto, díjole sonriendo y tendiéndole la mano. Saludó después á Perico con una ligera inclinación de cabeza; ¿qué toman ustedes? Hay nieve de limón, fresa, piña, mamey; mantecado de vainilla y de canela.

—Lo que usted guste, María Teresa, servido por usted todo es bueno.

—Pero no sé lo que á ustedes agrada.

—Dice bien Ernesto, murmuró Perico. Nos gusta lo que usted traiga.

—Entonces voy á traer á usted nieve de fresa.

—¡Magnífico!

Ernesto atusándose el bigote veía de soslayo á Guillermo.

—Eh, ¿qué mosco te ha picado? preguntó Perico. Estás sombrío.

—Aquel empleadillo, dijo el abogado en voz baja, me revuelve el estómago.

—¿Quién, Guillermo? Entre él y tú no hay competencia posible. ¿No ves cuán afable está contigo la angelical rubia?

—Aquí está la nieve de fresa, dijo María Teresa.

—Gracias, repuso el Lic. Cortés, y usted, ¿no nos acompaña?

—¡Ernesto, por Dios! Si voy á acompañar á todos los que vengan á tomar nieve, ¿qué va á ser de mí?

—¡María Teresa, María Teresa! gritaron varias voces femeninas.

—Voy, voy. Con el permiso.

Pimpollo, puesto en absoluta libertad, mediante el pago de la multa impuesta por la inflexible autoridad femenina, había vengándose de su Lola invitándola á tomar tamales; de paso por la cantina convidaron á Mercedes para que los acompañara, pues el excosaco temió sentir en las espaldas el bastón de su futuro suegro si le encontraba solo con aquel hacesillo de nervios. Para Pimpollo era Don Leandro Jiménez un terrible anarquista.

Al entrar al puesto de los tamales, Lola, señalando al joven y abriendo y cerrando el ojo derecho, dijo á Toña:

—Presento á usted al más tierno de los Pimpollos.

—Que viene en medio de dos hermosas flores, dijo Toña riendo.

—Gracias.

—Servidor de usted, señorita.

—¿Qué sirvo á ustedes? Hay un atole tan bueno que es para alabar á Dios;

tamales de azúcar, de chile verde y chile colorado, de picadillo, coco y elote.

—Un platillo abundante y surtido, y atole, por supuesto, dijo Pimpollo.

Sentáronse á la mesa, la simpática Toña, sin dejar de sonreírse, mostraba en cada mejilla un gracioso hoyuelo, remolino donde tal vez habíase hundido más de un corazón.

Toña colocó unos jarritos de barro, chicos, anchos, vidriados, de color entre amarillo y café, con dibujos de toscos ramos al rededor, llenos de hirviente y blanco líquido; pero antes de colocarlos, brillando en sus ojos una picaresca mirada, escogió entre muchos el que había de poner á Pimpollo. Colocó también en la mesa de los parroquianos un plato con un montón de tamales humeantes aún.

Pimpollo lanzó un grito de júbilo al fijarse en el jarrito que tenía enfrente. En el centro un imperfecto óvalo formado con una línea verde pálido en caracteres del mismo grueso y casi sin perfiles, leíase este nombre: "Lolita."

—Este jarro, dijo á Toña, vale un potosí.

—¿Por qué? replicó Toña remolineando los hoyuelos de sus mejillas.

—Por la marca que tiene.

Las tres jóvenes rieron de buena gana, y Pimpollo acercó un platón, quitó con los cubiertos las hojas de maíz que bien dobladas cubrían el apetitoso manjar nacional. Tarea, que en honor de la verdad, desempeñó á maravilla. A medida que la blanca masa salía de su envoltorio, caliente aún, la servía en los respectivos platos, y cada bocado era seguido de un sorbo del magnífico atole.

—Venimos á visitar á esas lindas ramilleteras, dijo Alfonso llegando con su hermana y Guillermo al puesto donde estaba Lupe.

—Bien venidos sean ustedes.

María Teresa y Lupe se saludaron cariñosamente, besándose en ambas mejillas.

—Un ramillete, un ramillete, dijeron varias voces dirigiéndose á los jóvenes.

—¿Cuál es el más hermoso? preguntó Guillermo.

—Este.

—Este.

—No señor, este.

Guillermo tomó el que le pareció más bonito, lo regaló á María Teresa y dió á la vendedora un billete de veinte pesos.

—¿Doy á usted el cambio? le preguntó ésta.

—No, señorita.

—Gracias.

—Vamos á visitar los puestos. ¿Nos acompaña usted, Lupe?

—¿Y los marchantes?

—Vé, dijéronle á Lupe sus compañeras por muchos que sean los compradores; atenderemos á todos.

Lupe no sabía en ese momento si quería ir ó quedarse, y estuvo parpleja.

—Vamos, le dijo María Teresa.

—Vamos, contestó y aceptó el brazo que le ofrecía Alfonso, mientras que Guillermo daba el suyo á María Teresa.

—¡Qué hermoso me parece el mundo, qué atractiva la vida! dijo Guillermo á su amada. No cabe duda que al calor del cariño resplandecen todos los objetos que nos rodean.

—También yo estoy muy contenta.

—¿Y me amará usted siempre?

—Sí, siempre.

—¿Mucho?

—Con toda mi alma.

Guillermo inclinó la cabeza al peso de la felicidad y la pasión. En aquel momento hubiera jurado que la dicha existía sobre la tierra. Consideraba entonces á los que murmuraban siempre del mundo y

de los mundanos, misántropos ó egoístas. Sobre todo, no podía comprender que hubiese quien maldijera á la mujer, que para él, en aquella hora de éxtasis, era henchida copa de inefables delicias.

—Voy á pedirle á usted un favor, dijo el joven á la rubia, cuya natural belleza aumentaba la misteriosa luz que ardía en sus ojos, y el encendido carmín que coloreaba sus mejillas.

—Sí, ¿cuál?

—Que nos tutecemos.

—Concedido; pero no delante de los demás.

—Lupe, decía Alfonso á la espiritual morena, es usted muy cruel.

—¿Por qué?

—Amar con todo el humano esfuerzo, soñar con inefables delicias, ofrecer á usted cuanto ofrecerle puedo, y ver hollado ese amor, evaporadas las ilusiones, despreciada la generosidad, es un dolor tan hondo, que no dudo conduzca al martirio ó á la desesperación.

De los resplandecientes ojos de Lupe brotaron las lágrimas; demasiado sabía ella cuánta verdad encerraban las palabras de Alfonso; los dulces ruidos del amoroso dúo que cantaban Guillermo y María Teresa llegaban á sus oídos como ecos de un lejano edén, para ella cerrado

con enorme puerta de hierro. Miró á Alfonso con infinita tristeza, y maquinalmente, como respondiendo á la voz de su corazón, contestó:

—Pues bien, seamos mártires.

Alfonso se quedó pensativo.

—Seamos mártires, repetía. ¿Qué significa ésto? Luego ella sufre.

Iba á interpelar á la joven, cuando interrumpióle la voz de Concha.

—Helos allí, cantan el cuarteto de las "Hijas de Eva."

Ernesto volvió el rostro para mirar á las dos parejas.

—Ea, Alfonso, ni siquiera te dignas vernos.

El único objeto de Ernesto era interrumpir el amoroso coloquio de Guillermo y María Teresa; pero estos nada oyeron. En aquellos momentos vivían en otro mundo, y continuaron su marcha, lo que visto por Ernesto fuese tras ellos sin siquiera esperar respuesta de Alfonso.

—¿Qué tiene Ernesto, Conchita? preguntó Alfonso.

—Anda mohino, porque.... porque.... y la banquera, á pesar de que era poco risueña, soltó una carcajada. Que se lo diga á usted Lupe, agregó. Esta dirigió á Alfonso una imperiosa mirada, como si

le dijera: Vámonos, no quiero estar donde está Concha. El joven la comprendió.

—Vamos, señorita banquera, cámbieme usted este billete, dijo Alfonso.

Concha, poniendo la adusta cara de un banquero de verdad, tomó el billete y dió al joven varios cartoncitos cuadrados, azules, impresos por el anverso con la fecha de la fiesta, y grabados por el reverso con el sello de la Junta Patriótica.

El Lic. Cortés marchaba á pocos pasos de distancia de la enamorada pareja, y aunque nada oía, espiaba todos sus movimientos.

Guillermo y María Teresa detuviéronse á la puerta de la lotería, esperando para entrar, que el salón se despejara. La rubia, cuya hermosura realzaba la emoción, quitóse un prendedor con el retrato de Hidalgo con un lazo tricolor que sobre el pecho traía y era el distintivo de las vendedoras de nieve, y prendiéndolo en la solapa de la levita de Guillermo, le dijo con dulzura:

—Para que te acuerdes de este día.

—Gracias, murmuró Guillermo emocionado, y estrechó cariñoso la mano de María Teresa.

El represado furor del Lic. Cortés estuvo á punto de desbordarse; necesitó desesperados esfuerzos para contenerlo, pe-

ro casi ahogó el rabioso rugido que no pudo salir por la boca.

Cuando un ardiente anhelo se estrella contra el desengaño, el corazón del bueno sufre, pero se resigna y aquilata su bondad; el del perverso se desespera y se hunde en el infernal abismo de la venganza. Ernesto juró vengarse. En aquellos instantes el odio que le inspiraba Guillermo, azotó el corazón con candentes varillas de hierro.

Alfonso y Lupe juntáronse con Guillermo y María Teresa y entraron todos al salón de la lotería. Ernesto quedóse fuera, dando vueltas, preocupado é inquieto, y de vez en cuando se asomaba á la puerta lanzando furibundas miradas sobre los felices novios.

Mientras Guillermo pedía tablas, sentábanse frente á ellos Lola, Mercedes y Pimpollo.

—¿Qué tal, qué tal? gritó éste á sus vecinos, ¿se han divertido ustedes mucho?

—Hemos estado muy contentas, repuso María Teresa; ¿y ustedes?

—También.

—Ya se conoce, murmuró maliciosamente Mercedes.

Lola guiñó un ojo á la linda rubia.

—Vamos, Lolita, exclamó Pimpollo, elija usted tablas.

—Esta.

—Tome usted otra.

—Esta otra.

—Faltan sólo dos tablas, ¿quién las quiere? dijo el que corría los números. Son de á veinticinco centavos.

—Tráigalas usted.

—¡Cooooooooorre! dijo el gritador agitando con la mano la caja que contenía los números.

—Cincuenta. Sesenta. . . . en donde hasta los ratones caen. . . .

—Aguarde usted, aguarde usted, interrumpió Pimpollo. ¿Qué es eso?

—El cuatro, hombre, dijo Lola; ya se lo apuntó á usted, y colocó un grano de maíz sobre el cuatro de la tabla de Pimpollo.

—Veintinueve. . . . El año de la constitución.

—¿Qué? dijo Pimpollo.

—No lo tiene usted, adelante, contestó Lola.

—Cuando vinieron los americanos.

—Pero este hombre no conoce los números. ¡Vaya un modo de gritar!, murmuró otra vez Pimpollo.

Los concurrentes, con la vista fija en las tablas, estaban silenciosos. De vez en

cuando oíanse las voces: ambo, terno, cuaterno.

—Treeeeeeece, dijo el gritador, y Pimpollo dió un salto, y exclamó á voz en grito:

—¡Loteriiiiiiiia!

El voceador, después de revisar la tabla y confrontar los números con las fichas, dijo:

—Es buena.

—Buena suerte, Pimpollo, díjole Alfonso.

—La buena suerte no es de Pimpollo, sino de Lolita, repuso maliciosamente Mercedes.

Una de las elegantes damas presentó á Pimpollo un primoroso álbum para tarjetas postales, que, según lo había previsto Mercedes, pasó luego á manos de Lola.

Hacia rato que los jóvenes divertíanse en la lotería, cuando se presentó una guapa niña, vestida de corto: era la repartidora de mensajes, y puso uno en manos de Pimpollo, no sin cobrarle antes el precio. El joven miró el sobre y levó: Para Pimpollo. Urgente.

—¿Quién le escribe á usted?, interrogó Lola.

Pimpollo, olvidando que en aquel día el telégrafo de la fiesta estaba á disposi-

ción de todos, creyó que su Lola, que tanto le quería, estaba celosa, y para darle cumplida satisfacción, puso, sin abrirlo, el telegrama, en sus manos. Lola leyó en voz alta:

“Señor Pimpollo: Invito á usted á mi próxima boda con Lolita Jiménez.

Tompson.”

Pimpollo no pudo hablar; abrió desmesuradamente la boca, mientras los demás reían.

El mismo mensajero había entregado á Ernesto el siguiente telegrama:

“Guillermo y María Teresa invitan á usted á su próximo enlace.

Guillermo.”

El público rumor unánimemente atribuyó á Concha tales mensajes; pero Ernesto, predispuesto ya contra Guillermo, no dudó que éste fuese el autor de aquella burla, y una vez más se decidió á perderle.

Paulatinamente fué apagando el ruido de la fiesta; las calles de la Alameda quedaron desiertas, el suelo cubierto de “confetti” y destrozados los frondosos rosales.

X.

Don Antonio Sifuentes está livido de cólera: enarcadas las cejas, rugoso el ceño, la mirada arde con fulgor siniestro. Da vueltas con desiguales pasos en su cuarto, donde ordinariamente trata los asuntos reservados, y el cual hállase contiguo al despacho con el que se comunica por una puerta que generalmente está cerrada; pero tiene otra que dá al corredor de la planta baja.

Alfonso, en pie, pálido, trémulo, con la vista baja y los brazos cruzados, está frente á su padre.

—Había puesto en tí, dícele Don Antonio con temblorosa voz, todas mis esperanzas. Mañana, pensaba, cuando me toque el turno de pagar mi tributo á la muerte, Alfonso continuará mi obra, y mi esposa y mi hija, aunque heridas en sus naturales afectos, verán en mi hijo, no sólo la imagen, sino el alma de su padre. ¡Insensato de mí que tales ilusiones me forjé!

Don Antonio ahoga un grito de rabia y de dolor. El estrecho recinto de la estancia parece recoger y reproducir las solemnes palabras de un padre airado. El acento de un padre es grave cuando en

seña, tierno cuando aconseja y tremebundo é imponente cuando reprende. Alfonso está anonadado y con débil voz murmura apenas:

—¡Padre!

—No mientas, ni te disculpes, porque sé la verdad y nada tienes en tu abono que atenúe tu falta. Antes de llamarte á mi presencia he averiguado pormenorizadamente cuanto necesitaba saber: tiempo há, que llevas una vida de crápula y de escándalos. Muchas veces has jugado en compañía de tahures empedernidos y tramposos, que aprovechándose de tu ignorancia y de tu embriaguez, te han robado miserablemente. Perdiste primero cuanto yo te daba; después, abusando de la confianza en tí depositada, has abierto la caja y has robado á tu propio padre. Y si hoy has dispuesto de una cantidad relativamente fuerte, pero que no me hace falta para el sostén y desarrollo de mis negocios, mañana, si de tí me fío, me hundirás en la ruina á mí y á toda mi familia.

—¡Padre, perdón!

—Has manchado el limpio nombre de los Sifuentes; has dado pávulo á mis enemigos, que aumentan á medida que, como recompensa de mi trabajo, aumenta mi fortuna, para que en continuas murmu-

raciones me acusen de débil y consentidor; pero se engañan miserablemente, y te engañas tú, si juzgas, necio, que voy á tolerar tus desmanes, tus vicios, tus crímenes. No oiré la voz de la sangre, aunque desahogada me grite, y si reincides en tus pasadas culpas, olvidaré para siempre que soy tu padre, y sentirás sobre tí todo el rigor de mi castigo.

—¡Padre, perdón!

—Vete de mi presencia; mi casa es tu prisión, mientras resuelvo el castigo que debo imponente.

Alfonso quiso arrojarse á los pies de su padre; pero contúvole la severa é imponente actitud de éste, y se retiró del cuarto, sollozando. Maquinalmente subió la escalera y en el extremo de ella encontró á Doña Carmen, cuyos labios temblaban por la emoción, y cuyo rostro desecado revelaba infinita angustia.

—¡Hijo mío, hijo mío, todo lo he oído y desfallecida abrazó á su hijo, confundiendo aquellas almas en un mismo inmenso dolor.

Minutos después, la afligida madre, temblando entre sus manos las de su hijo, le decía con ternura:

—Hijo mío, mi Alfonso; tú serás bueno. Si has dado este dolor á tu padre, y has abierto en mi corazón una herida que

no cicatrizará jamás, tengo yo á lo menos la confianza de que volverás sobre tus pasos. No, no es posible que quieras matarme á pesares; que olvides el cariño, la ternura que para tí he tenido.

—¿Qué, no ves que vivo en tí, que quien te hiere á tí me hiere á mí en la mitad del corazón? ¿Qué quieres, qué deseas para ser bueno? Estoy dispuesta á todos los sacrificios por tu felicidad.

—¡Mamá! dijo Alfonso hondamente conmovido, quiero morirte. Soy un monstruo.

—Alfonso, no me hagas sufrir más. El calor del hogar es para las almas marchitas, como el sol para los campos. Vivirás con nosotros, yo estaré á tu lado; trabajarás, y cuando Antonio te vea regenerado, te perdonará y aún te querrá más que antes. Yo también te querré más, si es posible; pues serás hijo de los dolores de mi alma.

—Sí, sí, dijo Alfonso, reanimado por aquella dulce voz que derramaba exquisito bálsamo en la herida que acababa de recibir; pero pasó luego aquella luminosa intermitencia.

—¡Ah, nó! repuso. Conozco á mi padre, su carácter es inflexible con todos.

—Pero se trata de tí, Alfonso; de su

hijo. Te perdonará cuando te vea honrado y trabajador.

—¡Trabajador! Mama; si yo no sé trabajar en nada. Si no me han enseñado á trabajar.

Doña Carmen, con el asombro pintado con expresión vivísima en el rostro, miró á su hijo; luego, dejando caer anonadada la cabeza, murmuró:

—¡Es verdad!

La dicha había arrullado aquel corazón tan tierno y dulce, y Doña Carmen, embriagada por ella, no había visto jamás el abismo que inconscientemente acababa de mostrarle Alfonso. Con la intuición maternal midió el peligro, y tembló de pavor.

—Cuán caro pago mi irreflexión, y tu padre su punible negligencia! dijo llorando. Creí insensata, que con el amor todo lo tenía, y Antonio todo lo cifró en la riqueza; y hé aquí que ni aquel ni ésta, tienen poder para salvar el fruto de mis entrañas.

—Sí, ¡mamá!, el amor sí lo tiene: por tí, únicamente por tí, voy á ser bueno. Diciendo esto levantóse, abrazó á su madre y la cubrió de besos.

Doña Carmen sintió el calor vivificante de aquel sincero cariño y en sus ojos brilló espléndida la luz de la esperanza.

—Eres amante, hijo mío, díjole casi alborozada: y forzosamente tienes que ser bueno. Si el amor sincero y la perversidad no pueden vivir en un mismo pecho:

Aquella noche no pudo Alfonso conciliar el sueño; indecible amargura empapaba su corazón. La voz de su padre vibraba aún aterradora en los oídos del joven, y el recuerdo de sus faltas parecía haberse estereotipado en su imaginación. Ora veía el atrevido semblante de Estéban: ora la cínica sonrisa de Lorenzo; ora el hinchado rostro de Perico. Ya oía el sonido de las copas de los brindadores al chocar unas contra otras; ya los dicharachos de los itahures. Las cartas de la baraja pasaban ante su vista una tras otra, y de vez en cuando las sonrientes imágenes de su madre y de Lupe, que derramaban el bálsamo de misericordia en un lugar de indecibles tormentos.

—¡Ah, yo sería otro con Lupe! exclamaba. Ella me enseñaría á trabajar y á ser bueno. Mas ella no me quiere, y lo que es peor aún; quizá ame á otro.

Algunas veces Alfonso sentía miedo. entonces pensaba en Dios y le invocaba desde el fondo de su corazón.

Revolvíase en la cama, consumía cigarrillos uno tras otro. Por un momento pen-

só en embriagarse; pero desechó tal idea horrorizado de ella por la primera vez en su vida. Ya entraban las luminosas orindas del alba por las hendeduras de la puerta de la alcoba de Alfonso, cuando logró dormirse; pero su sueño fué agitado por las pesadillas, y frecuentemente despertábanle sus propios gritos.

Cerca de medio día levantóse algo requepuerto: los aterradores fantasmas habían desaparecido como si hubieran de la luz, y hasta los buenos propósitos que en globo formó habíanse debilitado. No obstante, sentíase resuelto á cambiar de vida.

Después de haberse desayunado, meditaba con calma ya las resoluciones que debía tomar. Se casaría con Lupe, pues nunca había perdido la esperanza de obtener la mano de la encantadora morena; estableceríase en el comercio aprovechando las buenas relaciones de Don Antonio; no volvería á jugar nunca ni á desordenarse en lo más leve.

Apenas acababa de formarse tales resoluciones, cuando Doña Carmen, que mostraba en la apacible faz las huellas del sufrimiento y del insomnio, entró en el cuarto de su hijo; éste la saludó afectuosamente y le besó las mejillas.

—He pensado en tí toda la noche, hijo mío. Creo que hasta estoy enferma.

—Y yo en tí, mamá. Es la noche más horrible de toda mi vida; y una de las cosas que más me entristece, es haberte afligido.

—Pero no me afligirás más.

—No, mamá. Tú dices, y yo también lo creo, que el hogar es baluarte contra las acechanzas de las pasiones; pues bien, formaré un hogar, en él colocaré un ángel que lo alegre con su presencia, lo cimente con sus virtudes y lo encante con su amor. Trabajaré mucho, mucho, con todas mis fuerzas, y de lo primero que gane iré abonando á papá el dinero de que dispuse.

—¿Qué dices?

—Que quiero casarme y establecerme, y olvidar para siempre las tonterías que he hecho.

—¿Casarte? ¿Y con quién?

—Voy á confiarte todo, voy á abrirte mi corazón, ¿quién más digna que tú, de mirar cuanto pasa en él?

—Habla, hijo mío, quiero que mi pecho sea el santuario de tus secretos y el bálsamo de tus heridas.

—Tú conoces á Lupe Figueroa, más de una vez te he oído tributarle los más calurosos elogios. Yo, desde que la conocí, me impresioné mucho; aquella primera impresión fué poco á poco ahondándose

en mi alma, y hoy, de tal manera la imagen de esa joven está impresa en mi corazón, que juzgo imposible olvidarla. Le he hablado de mi cariño, de mis ilusiones, de mi felicidad, y aunque con exquisita finura ha rechazado mi amor, no me abandona ni me abandonará la esperanza. Quizá ella, que tiene singular talento, ha adivinado mis extravíos y por eso me rechaza; pero quizá me abrirá los brazos, cuando me vea trabajador, honrado, virtuoso.

Doña Carmen escuchaba con placer á su hijo, sin perder ni una sola de sus palabras, y la luz de la alegría brilló en los desmayados ojos de la bondadosa dama. Tenía tan alto concepto del hogar, que siempre lo había considerado como seguro puerto de las almas contra las tempestades de las pasiones.

—¡Ah! exclamó con entusiasmo: si Lupe fuese tu esposa, mi regocijo sería inmenso; hallarías en ella, no sólo una digna esposa, sino otro ángel de tu guarda que te apartara para siempre del camino del vicio.

—Lo creo, mamá, lo creo, dijo Alfonso con fuego; pero ¿qué hago para obtener su amor?

—Ser constante y esperar. Hablaré á Antonio de tus proyectos, le diré cuán

arrepentido estás del disgusto que le has dado; bien sabes que tu papá, aunque de enérgico é iracible carácter, tiene un corazón de oro, él te perdonará y recobrarás, hijo mío, el consuelo y la dicha.

Aquella misma noche tuvieron Don Antonio y su esposa una larga conferencia.

—Ha hecho mal Alfonso, decía Doña Carmen; pero es preciso convenir en que nosotros hemos descuidado la educación de nuestro hijo. No le hemos enseñado á amar á Dios y al trabajo. Tú, casi ahogado en el cúmulo de tus negocios, y yo, extasiada con la felicidad de que me has rodeado, no pensamos jamás que el primero de nuestros deberes era formar el corazón de nuestros hijos.

—No les hemos dado mal ejemplo.

—Es verdad, gracias á Dios; pero es necesario, además, llevar de la mano á esos seres débiles, mientras no pueden andar solos.

—Jamás me habías hablado como me hablas hoy.

—El dolor ha dado á mi vista la penetración y alcance que no pudo darle el amor.

Don Antonio quedóse largo rato pensativo: las palabras de su esposa habían-

le impresionado hondamente. Doña Carmen lo comprendió.

—Y bien, ¿qué quieres que haga?

—Primero, que perdones á Alfonso. y después, que le des trabajo.

—Le doy mi perdón; pero no quiero ni puedo, ni debo devolverle mi confianza.

—Tu perdón me basta por ahora; su arrepentimiento y buena conducta le granjearán lo demás.

—¡Dios lo quiera!

—Pero ¿qué va á hacer Alfonso encerrado aquí y sin trabajar?

—Irá á trabajar de meritorio á la casa donde le mande.

La madre creía sinceramente en la enmienda de su hijo, el padre desconfiaba; pero ambos se forjaban ilusiones y los consoló la esperanza.

XI

La dulce melancolía de Lupe, si algo marchita la frescura de su rostro, realza las virtudes y fortalece el carácter de la joven. Casi ha perdido la esperanza. ¿Qué va ella, pobrecita, á turbar tanta felicidad? Antes pedía á Dios, con el fer-

vor de una alma enamorada, que la quisiera Guillermo; hoy sólo le pide que le dé resignación y fortaleza; y ha llegado su abnegación hasta pedirle por la ventura de los novios.

Alfonso no era antipático á Lupe, pero tampoco había sentido por él especial afecto, y estaba segura de que no lo sentiría. Guillermo era su primero y único amor, y hubiera afirmado, ante la presencia de Dios mismo, que no había sobre la tierra un hombre que igualara á Guillermo. ¿Cómo había de querer á otro? ¿Por qué, pues, á Doña María le gustaba para esposo de su hija, otro que no era Guillermo? Doña María pensaba que su hija no había sentido aún las fuertes impresiones del amor. Jamás le hubiera hablado de Alfonso si ella hubiera sabido que Lupe amaba á Guillermo; más no, no lo sabrían nunca, ni ella, ni Guillermo, éste menos que nadie. En esto pensaba Lupe, mientras el ganchito moviase rápido en sus manos y trocaba las hebras de hilaza en círculos con una estrella realzada en el centro; de vez en cuando, la joven veía á su madre que, junto á ella leía, sentada en cómodo sillón. Doña María cerró el libro y se quedó contemplando á su hija.

—¿En qué piensas, mamá?